

Apuntes autobiográficos¹

James Baldwin²

Traducción de Manuel Barrós

Nací en Harlem hace treinta y un años. Comencé a planear novelas por el tiempo en que aprendí a leer. La historia de mi niñez es la acostumbrada y desoladora fantasía; podemos descartarla con la sobria observación de que ciertamente no consideraría vivirla de nuevo. En aquellos días mi madre se dedicaba al exasperante y misterioso hábito de tener hijos. Conforme nacían, yo los tomaba con una mano y con la otra agarraba un libro. Los niños probablemente sufrieron, aunque desde entonces han tenido la amabilidad de negarlo, y fue así como leí *La cabaña del tío Tom* e *Historia de dos ciudades* una y otra y otra vez; de hecho, fue así como leí casi todo lo que pude tener en mis manos, excepto la Biblia, probablemente porque fue el único libro al que fui motivado a leer. También debo confesar que escribí —bastante— y mi primer triunfo profesional, en cualquier caso, mi primer esfuerzo para ser publicado, se dio a los doce años de edad o por ahí, cuando una pequeña historia que había escrito sobre la Revolución Española ganó algún tipo de premio en el periódico de muy breve duración de una iglesia. Recuerdo que la historia fue censurada por la editora, aunque no recuerdo por qué, y estaba indignado.

También escribí obras de teatro y canciones, por una recibí una carta de felicitaciones del alcalde La Guardia, y poesía, sobre la que cuanto menos se hable, mejor. Mi madre estaba encantada con todo esto, pero mi padre no; él quería que sea un predicador. Cuando tenía catorce me volví uno y cuando tenía diecisiete dejé de serlo. Muy poco después me fui de la casa. Dios sabe cuánto luché contra el mundo del comercio y la industria —supongo que ellos dirían que pelearon contra mí—, y cuando tenía veintiuno había escrito lo suficiente de una novela para obtener la Saxton Fellowship. Cuando tenía veintidós, la beca se había acabado, la novela resultó imposible de vender y comencé a esperar en las mesas de un restaurante de Village y a escribir reseñas de libros: la mayoría, como se vio después, sobre la problemática del negro, sobre la cual mi color de piel me hizo automáticamente un experto. Hice otro libro, en colaboración con el fotógrafo Theodore Pelatowski, sobre las fachadas de las iglesias en Harlem. Este libro tuvo exactamente el mismo destino que el primero: una beca, pero no ventas. (Fue una Rosenwald Fellowship). Cuando tenía veinticuatro había decidido dejar de reseñar libros sobre la problemática del negro —por

1 Baldwin, James (1998 [1955]). "Autobiographical notes". In *Collected essays*. New York: Library of America, pp. 5-9.

2 Nueva York, 1924 - Saint-Paul de Vence, 1987. Novelista, poeta e intelectual afroamericano, activista a favor de los derechos civiles homosexuales y afroestadounidenses. Entre otros libros, publicó las novelas *Ve y dilo en la montaña* (1953), *La habitación de Giovanni* (1956) y *El blues de Beale Street* (1975); y los ensayos *Nadie sabe mi nombre* (1961), *La próxima vez el fuego* (1963) y *Al encuentro del hombre* (1965).

entonces, era solo ligeramente menos horrible en el papel que en la vida— e hice mis maletas y me fui a Francia, donde terminé, Dios sabe cómo, *Ve y dilo en la montaña*.

Cualquier escritor, supongo, siente que el mundo en el que nació es nada menos que una conspiración contra el acto de cultivar su talento, actitud con la que ciertamente va de la mano para afianzarlo. Por otra parte, solo porque el mundo mira su talento con una aterradora indiferencia es que el artista se ve obligado a hacer que el suyo trascienda. Para cualquier escritor, al mirar hacia atrás —aunque sea por un periodo de tiempo tan corto como el que aquí me veo obligado a evaluar— descubre que las cosas que lo hirieron y las cosas que lo ayudaron no pueden estar separadas unas de las otras; él pudo ser auxiliado de cierta manera solo porque fue herido de cierta manera; y su ayuda es simplemente hacer posible moverse de una encrucijada a otra; uno se siente tentado a decir que él se mueve de un desastre a otro. Cuando uno comienza a buscar influencias, uno las encuentra por doquier. No he pensado mucho en las mías, no lo suficiente de todas maneras; me arriesgo a decir que la *King James Bible*, los discursos en la fachada de la iglesia, algo irónico y violento y perpetuamente subestimado en el discurso negro —y un poco del amor de Dickens por la ejecución brillante— han dejado algo en mí hoy; pero no las sobreestimaría en mi vida. Asimismo, innumerables personas me han ayudado de muchas maneras; pero al final, supongo, lo más difícil en mi vida —y lo más valioso— ha sido el hecho de haber nacido negro y fui forzado, de esta manera, a hacer algún tipo de tregua con la realidad (La tregua, por cierto, es lo mejor que uno puede esperar).

Una de las dificultades de ser un escritor negro —y esta no es una súplica especial, ya que no quiero decir que él la tiene más difícil que cualquier otro— es que sobre la

problemática del negro se escribe de manera amplia. Las estanterías crujen bajo el peso de la información y, por lo tanto, todo el mundo cree estar informado. Y esta información, además, suele servir general, popularmente, para reforzar actitudes tradicionales. De estas hay solo dos —a favor o en contra— y en lo personal me es difícil decir cuál de ellas me ha causado más dolor. Estoy hablando como un escritor; desde un punto de vista social soy perfectamente consciente de que el cambio de la mala voluntad a la buena, aunque motivada, aunque imperfecta, aunque manifiesta, es mejor que no cambiar nada.

Pero, como lo veo, es parte del negocio del escritor examinar actitudes, para ir debajo de la superficie, para aprovechar la fuente. Desde este punto de vista, la problemática del negro es casi inaccesible. No es solo escribir sobre ellos de manera amplia; es hacerlo muy gravemente. Es muy dable decir que el precio que un negro paga por volverse articulado es hallarse a sí mismo, al final, sin nada con qué articularse. (“Tú me enseñaste el habla”, le dice Calibán a Próspero, “y mi beneficio es saber maldecir”). A considerar: la enorme carga social que este problema genera e impone, por igual, a los blancos y negros en la necesidad de mirar hacia adelante, de trabajar para conseguir un mejor día. Esto está bien, esto mantiene las aguas agitadas; en verdad, es todo lo que ha hecho posible el progreso del negro. Sin embargo, los asuntos sociales no son, por lo general, la preocupación principal del escritor blanco, si acaso deberían serlo o no; es absolutamente necesario que establezca entre él mismo y esos asuntos una distancia que al menos le dé algo de claridad; así antes de que pueda ver hacia adelante en cualquier sentido fundamental, primero se le debe permitir que le dé una larga mirada a su pasado. En el contexto de la problemática del negro, ni blancos ni negros, por excelentes razones propias, tienen el menor deseo de mirar hacia atrás; pero creo que el pasado es todo

lo que hace coherente al presente y, además, que el pasado seguirá siendo horrible durante exactamente el tiempo que nos neguemos a examinarlo con honestidad.

En cualquier caso, sé que el tiempo más crucial en mi propio desarrollo llegó cuando me vi obligado a reconocer que era una especie de bastardo del oeste; cuando seguí la línea de mi pasado y no me encontré a mí mismo en Europa sino en África. Y esto significó que, de alguna manera sutil, de una forma verazmente profunda, yo le otorgaba un cariz especial a Shakespeare, a Bach, a Rembrandt, a las piedras de París, a la catedral de Chartres y al Empire State Building. En verdad, ellos no eran mi mundo, ellos no contenían mi historia; en vano podría buscar en ellos un reflejo de mí mismo. Fui un intruso; esta no era mi herencia. Al mismo tiempo, no tenía otra que tuviera esperanzas de usar: ciertamente había sido incapacitado por la jungla o la tribu. Tendría que apropiarme de blancas centurias, tendría que hacerlas mías —tendría que aceptar mi cariz especial, mi lugar especial en este esquema—; de otra manera no tendría lugar en *ningún* esquema. Lo más difícil fue el hecho de verme obligado a admitir lo que siempre tuve que ocultarles a mis propios ojos, que el negro estadounidense tuvo que ocultarse de sí mismo como precio de su progreso en la esfera pública; y que yo odiaba y temía a los blancos. Esto no significaba que yo amaba a los negros; por el contrario, los despreciaba, posiblemente porque no pudieron crear a Rembrandt. Así, odiaba y temía al mundo. Y esto significó no solo que así le diera a este un poder totalmente sanguinario sobre mí, sino también un limbo tan autodestructivo en el que nunca podría tener esperanzas de escribir.

Uno escribe sobre una sola cosa, su propia experiencia. Todo depende de cuán implacable es uno al forzar de esta experiencia la última gota, dulce o agria, que pueda dar. Esta es la

única preocupación real del artista, recrear desde el desorden de la vida ese orden que es el arte. Entonces, para mí la dificultad de ser un escritor negro fue el hecho de que, en efecto, me estaba prohibido examinar mi propia experiencia tan cercana por las enormes exigencias y los muy reales daños de mi situación social.

No creo que el dilema descrito líneas arriba sea poco común. Pienso que, como los escritores trabajan con el artilugio desastrosamente explícito del lenguaje, que explica un poco por qué —fuera de las enormes fuentes del discurso y vida del negro y a pesar del ejemplo de la música negra—, la prosa escrita por negros en general ha sido tan insípida y tan áspera. No he escrito sobre ser negro con tanta extensión porque espero que sea mi único tema, pero solo porque fue la puerta que tuve que desbloquear antes de tener esperanzas de poder escribir sobre cualquier otra cosa. No creo que la problemática del negro en Estados Unidos pueda ser discutida coherentemente sin tener en cuenta su contexto; este es la historia, las tradiciones, las costumbres, los supuestos morales y las preocupaciones del país; para resumir, el tejido social en su conjunto. Aunque parezca lo contrario, nadie en Estados Unidos escapa de sus efectos y todos en Estados Unidos tienen algo de responsabilidad por ella. Creo que esto se sostiene porque es la tendencia abrumadora hablar sobre este problema como si fuera algo aparte. Pero en el trabajo de Faulkner, en la actitud usual y en ciertos pasajes específicos de Robert Penn Warren y, más significativamente, en el advenimiento de Ralph Ellison uno ve los inicios —al menos— de una búsqueda más genuinamente penetrante. Por cierto, el Sr. Ellison es el primer novelista negro, que alguna vez he leído, que usa en el lenguaje, y de manera brillante, un poco de la ambigüedad e ironía de la vida del negro.

Sobre mis intereses: no sé si tengo alguno, a no ser que el mórbido deseo de poseer

una cámara de dieciséis milímetros y hacer películas experimentales pueda ser considerado como tal. De igual manera, me encanta comer y beber —es mi melancólica convicción de que casi nunca he tenido suficiente para comer (porque es *imposible* comer lo suficiente si estás preocupado por la próxima comida)— y me encanta discutir con personas que no están en desacuerdo conmigo en demasía, y me encanta reírme. *No* me gusta la bohemia o los bohemios, no me gustan las personas cuyo propósito principal es el placer, y no me gustan los que son *serios* para todo. No me gustan las personas a las que les caigo bien porque soy un negro; tampoco me gustan los que encuentran en el mismo accidente

motivos para el desprecio. Amo Estados Unidos más que a cualquier otro país en el mundo y, exactamente por esta razón, insisto en el derecho a criticarlo a perpetuidad. Pienso que todas las teorías son sospechosas, que los mejores principios pueden sufrir cambios —o que incluso pueden ser destrozados por las exigencias de la vida—; y que uno debe encontrar, por lo tanto, su propio centro moral y moverse por el mundo con la esperanza de que este centro lo guiará a uno correctamente. Creo tener muchas responsabilidades, pero ninguna mayor que esta: persistir, como dice Hemingway, y hacer mi trabajo.

Quiero ser un hombre honesto y un buen escritor.